

Progresos de organización religiosa y política. Samuel

Ese período de la historia de Israel que acabamos de estudiar no tiene una cronología exacta. Sobre el año 1100 antes de Jesucristo es cuando se empieza a entrever una serie de hechos que se desarrollarán continuamente. A través de mil titubeos se diseña un progreso real. Israel se organiza y se aglomera. Mispa, punto culminante de la tribu de Benjamín, se convierte en lugar de asamblea para las tribus, en una especie de Washington de la federación israelita. Aquella cima, a unos 1.000 metros sobre el nivel del mar en el horizonte de Jerusalén, no era adecuada para el emplazamiento de una gran ciudad. En cambio era un lugar apropiado para dietas federales, que pronto tomaron un carácter sagrado. El arca nunca se estableció allí, pero el *sofet* residía en Mispa habitualmente, y la importancia política de esta población debió de influir

en la elección providencial de Jerusalén, para brillantes destinos. Jerusalén está a una legua de Mispa, y desde lo alto de la montaña se debía de distinguir la pequeña acrópolis de los jebuseos en la colina de Sion.

Día a día el poder de los Jueces se acrecentaba. Estrechábanse las relaciones entre las tribus: se necesitaba la idea de la unidad de Israel. El jehovahismo se convertía en el culto nacional. Probablemente estarían ya trazadas las líneas generales de la historia santa en la conciencia israelita, sin haberse escrito. Decíase que Jehová había sacado de Egipto a Israel y le había prometido la posesión absoluta de la tierra de Canaán. La escritura se extendía; no se hacían libros, pero muchas cosas para las que había bastado entonces la memoria se fijaban en los caracteres sencillos y claros que tanto utilizaban los sidonios.

Silo se iba convirtiendo en la capital religiosa de la nación, en la que sólo se adoraba, por lo visto, a Jehová. El arca había sido llevada a Silo después de haber permanecido mucho tiempo en Betel y todo el mundo acudía a consultar su oráculo. Había allí fiestas anuales, a modo de peregrinaciones. Se iba a Silo desde todos los puntos de Israel, como a una ciudad santa. Esto significaba un paso inmenso. El arca era en Israel el centro del movimiento, la célula inicial de la organización futura, lo que es en la embriogenia, el primer punto vivo. En Silo se comprendió la importancia que tendría aquella arca para la unidad de la nación. Era verdaderamente su factor esencial, porque si hubo numerosos *efods* y lugares de sacrificios, nunca hubo más que un arca, por lo cual sólo hubo más adelante un templo. La presencia del arca en Silo no impedía que se consultara a Jehová en Mispa y en Gilgal.

Probablemente el arca no presentara entonces los ricos ornamentos que tuvo en tiempos de Salomón. La madera que la formaba debió de renovarse varias veces. Los gavilanes o esfinges nunca dejaron de adornar la tapa. Si hubiera tenido tanto oro como dicen las descripciones modernas, el pequeño santuario habría corrido mucho peligro en una época en la que Israel no estaba muy defendido contra los bandoleros. El sacerdocio iba adquiriendo importancia. Eli, sacerdote de Silo, fue durante cuarenta años una especie de juez. Dícese que sus dos hijos, Pinehas y Hofni, inauguraron la era de los abusos. Se recordaron mucho tiempo en Israel los largos tenedores de tres puntas sumergidos en los cacharros de los pobres que iban a ofrecer sacrificios. Contábase, además, que tenían relaciones profanas con las mujeres de servicio cerca de la tienda sagrada, a causa de ello, se desacreditó momentáneamente la peregrinación a Silo.

Las ideas avanzaban con la lógica infantil de las edades primitivas. Se creyó que llevando el arca a la batalla coontra los filisteos, vencerían los israelitas, y en una guerra se la envió de Silo al campamento próximo a Afeg. Ocurrió lo contrario de lo que se había esperado. Los israelitas fueron derrotados y el arca fue tomada y llevada a Asdod. Según costumbre, los filisteos la pusieron como un trofeo en el templo de su dios Dagon. Luego, la superstición existente en todos los pueblos antiguos, les hizo creer que ciertas enfermedades se debían a la posesión de este mueble

peligroso. Lo devolvieron a Bet-Semés en tierra israelita, al campo de un tal Josua. Jehová inspiraba más terror que cariño. Josua se atemorizó y propuso a los habitantes de Kiriath-Searin enviarles el formidable huésped. Éstos vinieron a buscar el arca y la depositaron en casa de un tal Abinadab, que vivía en la altura, y consagraron a su hijo Eleazar para que la guardase. Parece que permaneció veinte años en este lugar.

La conservación del culto a Jehová en Silo tendía a ser hereditario. A los treinta años se encontrará el *efod* en posesión de un nieto de Eli. El *efod*, o sea la máquina adivinatoria, era un objeto portátil, el cual normalmente la gente llevaba consigo en las expediciones para consultar a Jehová a cada paso. Pero el poder rival del *efod*, o sea el profetismo, alcanzaba desarrollo mucho mayor. El *nabí*, sin llegar a la importancia que tuvo el siglo IX antes de J.C., empezó a entrecerse a fines del período de los jueces, con aquella originalidad que hará de él el eje de la historia de Israel.

Junto al *nabí*, hechicero al que se consultaba sobre la lluvia y la sequía, o para encontrar un objeto perdido, dándole un regalo o una moneda, hubo el *nabí* que se ocupaba de la política e intervenía en todos los asuntos e intrigas del país. Los profetas de la época antigua vivían aislados sin doctrina común. En el tiempo que estudiamos, tienen una disciplina, y forman grupos. Incluso llegaron a establecerse alrededor de Rama y Gibeá en escuelas, formando una especie de seminarios. Sus secretos para proporcionarse una embriaguez orgiástica eran igual a los de los coribantes. Recorrían el país en grandes grupos de uno en uno, con danzas en corro, al son de la cítara y el tímpano, como los derwiches aulladores y los *khuan* musulmanes. Bajaban de los lugares altos, donde celebraban las fiestas, precedidos de instrumentos musicales, cantando a coro, gritando y gesticulando. Era suficiente unirse al desfile de los profetas, o encontrarlo al paso, para sentir el mismo entusiasmo, seguido de postración y sueño cataléptico durante días y noches, se revolcaban por el suelo los convulsionarios totalmente desnudos.

Dichos arrebatos de furor divino se atribuían al espíritu de Dios, que al correr por encima de las masas, las perturbaba y llevaba a actos próximos a la locura. El individuo dominado por este espíritu, ya no era responsable de sus actos y se convertía en otro hombre. Cuanto hacía se suponía que era divino.

Un profeta de esta nueva clase es esencialmente «hombre de Dios», agente divino, y se comprende que esta cualidad le haga superior sobre el *cohen* y el *leví*. Es también vidente, y ve lo que no ven los demás. Adivina los pensamientos más ocultos y tiene éxtasis y visiones de Dios. En tal estado, se expresa en versos parabólicos y estrofas líricas.

El paralelismo, que es la rima de los semitas, surgía y daba sus primeros frutos. Aquel timbre encantador embriagaba a los oyentes, y el *masal* que imitaba el chasquido de los címbalos, parecía procedente del cielo. El hombre primitivo es más sensible que nosotros al ritmo del lenguaje. La cadencia actúa sobre sus nervios y produce en ellos una especie de efecto de vibración por consonancia, que puede llegar hasta sacu-

didadas enfermizas. El profeta basaba su poder en los *signos*, es decir, en predicciones de fácil comprobación, cuyo cumplimiento había de ser la prueba del carácter divino de su inspirador. El apreciar hábilmente las coincidencias, debía ser esencial en el arte del profeta. Una credulidad sin límites le ofrecía para ello facilidades que no podemos ahora ni siquiera imaginarnos.

Samuel, el más famoso de los profetas del tipo nuevo, representó, según la historia convenida, un papel muy considerable en el triunfo del jehovahismo y en la organización de Israel. Como en todo lo relacionado con Moisés, debemos tener aquí presente la manía de anticipar la fecha de las ideas, que es una ley general de la historia religiosa. De la vida de Samuel sabemos poco más de lo que dicen los documentos legendarios. Sin embargo, parece que su efecto en el lento crecimiento del dogma de Israel fue real, aunque no comparable con el de los profetas del siglo IX. Nació en Rama o Ramataim Sofim, cerca de Gibeá, en Benjamín. Tuvo algo de Juez y algo de profeta. La causa de su poder fue la influencia dominante que supo ejercer en las asambleas de Mispá. Cada año iba a Betel, Gilgal y Mispá, donde presidía una especie de tribunal, y juzgaba autoritariamente los asuntos del país. Su actividad se ejerció, sobre todo, en Benjamín y en el Sur de Efraím. Su casa de Rama era el centro de los asuntos de aquellos distritos. La autoridad de Samuel no debió de conocerse en Siquem, Galaad y las tribus del Norte.

Todavía los filisteos vencían a Israel en casi todos los combates. Samuel logró convencer a una parte del pueblo de que el motivo de tales derrotas estaba en sus infidelidades a Jehová. Se decidió a prescindir de Baal y Astarté, y con tal motivo parece que hubo una escena de reconciliación solemne en Mispá. El pueblo sacó agua, la vertió delante de Jehová, y luego ayunó. Samuel ofreció sacrificios.

Al encontrarse de nuevo con los filisteos, tronó el cielo, lo cual alentó a los israelitas. Los filisteos, que debían de saber que Jehová era un dios tonante, temblaron y huyeron hasta más allá de Bet Car. Samuel dedicó un monumento a aquella batalla, entre Mispá y lo que se llamaba el Diente, nombrándola «la piedra del Socorro», cerca del sitio donde se había dado años antes la desgraciada batalla de Aféq.

Samuel hubiera aún influido más en el desarrollo de Israel, si fuera cierto que estableció en el arca o cerca del arca el *sefer*, o sea un registro abierto en el cual se inscribieron las primeras escrituras de Israel. El arca tendría aún un significado más importante, si es posible, que el de haber fundado el monoteísmo, pues habría sido la cuna de la Biblia, el primer archivo de la historia de la humanidad. Pero el fundamento de tal opinión es muy débil y no hay prueba alguna de que Samuel escribiera nada, aunque puede ser verdad que durante su época progresase la escritura en Israel.

Hasta entonces la escritura no había sido corriente ni entre los israelitas ni entre los cananeos. Decimos corriente, porque es necesario hacer una distinción. La cuestión del origen de la escritura en un pueblo

no es tan sencilla como se cree. Una cosa es conocer el alfabeto y otra cosa es utilizarlo para escribir textos seguidos.

Se puede conocer durante siglos la escritura sin que por esto se haga de ella un uso literario. El ejemplo más notable es el de los latinos y las poblaciones itálicas, cuyo alfabeto es más antiguo que el de los griegos y que, sin embargo, no comenzaron a tener una literatura hasta el año 200 antes de J.C. Esto depende en gran parte del material sobre el que se escribe, del precio de este material y de la facilidad para conseguirlo. No se escribe con tanta facilidad sobre la piedra y el metal como sobre el papiro cuando se vende barato. Los griegos, antes de escribir sus grandes composiciones, muchas veces extensas, tuvieron un largo período de parsimonia gráfica en la que parecían contra las letras, dejando para la posteridad las menos cosas que era posible. Los sidonios, cananeos e israelitas conocieron también durante siglos el alfabeto cadmeo sin emplearlo en usos literarios y sagrados.

Realmente ya se escribía en tiempo de David. Hasta se puede creer que mucho antes de David se fijaron en caracteres alfabéticos listas de hombres y objetos, genealogías y cantidad de detalles que la memoria guardaba mal. En cuanto a las piezas, que por ser rimadas podían recordarse fácilmente, fueron escritas mucho más tarde. La inscripción de Mesa, de la que poseemos la piedra original en el Museo del Louvre, es apenas posterior en doscientos años a Samuel, y el país de Moab, de donde procede, no parece haber progresado más que los países inmediatos. El movimiento que empieza en Israel hacia el 1100 antes de J.C. y que prepara el siglo de David y Salomón fue demasiado profundo y rico en consecuencias para que pudiese desarrollarse en el estado de inconsciencia de un pueblo que todavía no usa la escritura.

No está claro tampoco que Samuel alterara el estado religioso que encontró establecido. Jehová fue sin duda exclusivamente su dios personal, pero admitió que se utilizaran los nombres de Baal y Milik. No pensó en la unidad de lugar del culto, cuando elevó un altar a Jehová en su casa de Rama. Sacrificaba en cualquier lugar sin el menor escrúpulo y veneraba a Jehová en los *bamoth*. Saúl y su compañero fueron testigos de este culto al aire libre. Buscaban al vidente para consultarle sobre la pérdida de una burra. Al subir hacia la ciudad encontraron a una muchacha que les dijo que hallarían al profeta en la población, antes de que subiera al lugar alto para el sacrificio. Cuando hablaron a Samuel, éste los llevó consigo al festín de la cumbre, y luego regresaron del lugar alto a la ciudad.

Samuel dejó el arca en Kiriath-Iearim. Su círculo religioso no pasaba de Betel, y parece que le importaba poco Silo, cuyo reinado religioso había pasado ya. El centro de Israel bajaba hacia el Sur. Durante la época de Samuel está en Benjamín, en Mispa, Rama o Gibeá. Samuel es *cohen* en sentido general, a la manera de los patriarcas, no según rito especial. Indudablemente fue un *nabí* que ejercía su poder en nombre de una inspiración directa. Como todos los *nabís*, fue contrario a la superstición del *urim-tummim* y a la fabricación de *efods* de plata chapeada. Verdadera-

mente no le faltó fanatismo. Si se admite uno de los relatos que se crearon acerca de él, su espíritu no habría carecido de cierta flexibilidad. Se le ve, efectivamente, hacer un papel que resulta muy honroso, por ser muy raro en política. Según dicho relato, Samuel fundó en Israel el régimen monárquico que le era antipático, sacrificando sus intereses y los de su familia a una voluntad de la nación que juzgaba equivocada. Pero veremos que tal manera de mostrar las cosas es completamente simulada y que procede de la filosofía de la historia que se habían forjado, después de la victoria del profetismo, los teócratas exaltados, o si se quiere, los jehovahistas consecuentes.